

The Woman in the Window (Alberto Palacios Santos)

Por segunda vez en lo que va de noche, llora. Es un llanto lejano, suave y sostenido que he oído durante los quince días que llevo viviendo en esta casa, en este bloque de apartamentos situados en una avenida amarilla de Madrid.

Confieso que durante estas dos semanas me he perdido varias veces, me he confundido de sector –yo resido en el B– y, en un par de ocasiones, he tratado de abrir con mi llave puertas idénticas a la mía, situadas justo en la parte contraria, en una la zona gemela llamada Sector A.

Me he mudado a este bloque buscando el anonimato, pasar desapercibido, que nadie se fije en mí. Por desgracia, desde el primer día, he sido yo el que ha empezado a fijarse en la gente.

La primera noche que pasé en esta casa, me dediqué a mirar a través del ventanal del salón. Enfrente de mí, el edificio gemelo se desplegaba en una multitud de ventanas que emitían luces que iluminaban salones, dormitorios y cocinas. Las imágenes eran de una realidad excelente y excesiva, niños frente al televisor, mujeres soñando, hombres en chándal, adolescentes haciendo lo que quiera que hagan los adolescentes.

Estuve largo rato mirando, hipnotizado, hasta que las ventanas comenzaron a apagarse y quedó una sola, justo enfrente, donde una mujer de unos treinta años entraba y salía de los cuatro lados de aquella pantalla en una actividad que parecía perfectamente programada.

La miré, vigilé sus movimientos, esperé impaciente cada vez que salía de la habitación y encendí el primer cigarrillo de aquella casa. La mujer llevaba el pelo recogido en una coleta amarilla que se movía cuando entraba y salía, vestía una camiseta gris ajustada y un pantalón azul oscuro o negro muy corto,

tenía los ojos azules y los dedos de las manos muy largos. A las tres menos cuarto de la madrugada ya había hecho más de treinta apariciones en las que había dado de comer a unos peces que quedaban fuera del plano, se había probado media docena de camisetas (solo en ese momento me vi como a un verdadero mirón), y había leído un libro de un autor cuyo apellido empezaba por eme minúscula.

A veces viajaba hasta la cocina; allí, iluminada únicamente por la luz amarilla de la nevera abierta, la vi beber leche directamente de una botella de cristal y comer trocitos de manzana que emitían un brillo irreverente.

A las cinco volví a oír el llanto aquel e, incapaz de soportarlo, salí con la excusa de buscar una máquina de tabaco. Crucé los corredores del edificio, bajé por el ascensor y pasé al sector gemelo. El silencio era total, solo interrumpido por el clic de las luces que se iban encendiendo a mi paso. Con el corazón golpeando sin piedad en mi pecho subí al ascensor y me dirigí al apartamento gemelo.

Parecía mi propia casa y estuve tentado de meter la llave, pero casi al instante la puerta se abrió y apareció la mujer de la ventana. Era más joven de lo que parecía, la coleta era menos rubia de lo que creía y los pantalones más cortos de lo que soñaba. Me preguntó por mi nueva casa y por qué no comía ni tenía muebles, me preguntó por mi nombre y por el tabaco que fumaba. Yo respondí a todo como un niño tímido al que interroga su maestra.

Cuando me invitó a pasar me dirigí hacia el ventanal desde donde se veía mi edificio. Allí, justo enfrente, estaba mi piso, iluminado con una bombilla desnuda. Y allí seguía yo, tristemente dormido contra el cristal de la ventana, soñando que aquel llanto me había hecho salir del apartamento y que había comenzado ya a desnudar a la mujer de la coleta amarilla.